

Un adolescente en la retaguardia

MEMORIAS DE LA
GUERRA CIVIL
(1936-1939)



Plácido Ma Gil Imirizaldu

EH
ENCUENTRO

MEMORIAS

Ensayos
273

PLÁCIDO M^a GIL IMIRIZALDU

Un adolescente
en la retaguardia

Memorias de la Guerra Civil
(1936-1939)

EE
ENCUENTRO

© 2006
Plácido M^a Gil Imirizaldu, Alfonso Pérez de Laborda y Pérez
de Rada
y
Ediciones Encuentro, S.A.

© Fotografía de portada: EFE/Archivo Vidal

- 1.^a edición, abril 2006
- 2.^a edición, julio 2006
- 3.^a edición, septiembre 2006
- 4.^a edición, octubre 2006
- 5.^a edición, noviembre 2006
- 6.^a edición, febrero 2007

Diseño de la cubierta: o3, s.l. - www.o3com.com

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y ss. del Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos vela por el respeto de los citados derechos.

Para cualquier información sobre las obras publicadas o en programa y para propuestas de nuevas publicaciones, dirigirse a:
Redacción de Ediciones Encuentro
Ramírez de Arellano, 17-10.^a - 28043 Madrid

Tel. 902 999 689
www.ediciones-encuentro.es

HINC IAM BELLUM CIVILE SUCCESSIT,
EXSECRANDUM ET LACRIMABILE

*Por entonces estalló la guerra civil,
fatídica y digna de llorarse*

(EUTROPIO, *Breviarium ab urbe condita*, lib. VI, cap. 19)

ÍNDICE

- [Prólogo](#)
- [Introducción](#)

- [1. En el silencio de la noche](#)
- [2. Un mundo nuevo](#)
- [3. En Barbastro](#)
- [4. Caspe](#)
- [5. Sin rumbo](#)
- [6. Poal](#)
- [7. Hacia la casa paterna](#)
- [8. Lumbier](#)
- [9. Hacia el Monasterio](#)

- [Apéndice 1](#)
[Relato de la muerte del padre Prior ofrecido
confidencialmente por el mismo asesino a la Sra.
Armisen](#)

- [Apéndice 2](#)
[Carta autógrafa del joven monje Aurelio Ángel a sus
padres antes de su martirio](#)

PRÓLOGO

Hacia la casa paterna.

Así se titula la última parte del relato que tienes en las manos y así vive su autor los momentos actuales de su vida, sin duda los últimos de una existencia larga y colmada.

Conocí al P. Plácido en el Monasterio de El Paular en septiembre de 1961, recién terminado el segundo de los campamentos militares para universitarios en Monte la Reina; hace, pues, cuarenta y cinco años. Diecinueve años me separan de él. Desde entonces tenemos la suerte de vivir una intensa relación de amistad, cercanía y cariño, en ningún momento detenida. Tras los primeros pasos en la afección, tuvimos tres años y tres meses de convivencia diaria, de íntima armonía, uniéndonos en una sólida amistad que nunca desde entonces se ha debilitado, yendo siempre a más. Nunca en todo este tiempo hemos dejado de querernos. Tras aquellos tres años tan intensos, cada uno discurrió por sus propios fueros; en la cercanía de la amistad, por más que demasiadas veces en la lejanía geográfica. Desde entonces, durante todo este tiempo, cuando me fue posible, aunque fueran distancias muy grandes las que nos separaban, fui con mi coche donde él estaba. La amistad era demasiado profunda para dejarla caer. El Paular. Tournai. Valvanera. Valle de Abdalajís. Coín. Cuando, párroco aquí, tuvo problemas graves con su corazón, me llamó para que le ayudara reemplazándole en la Semana Santa. Era el año 1988. Luego, ya con el corazón

malparado, siendo monje benedictino, se retiró a la Abadía de Leyre, en la solana del monte que por la ladera norte ve Lumbier, su pueblo; tuve el gozo inmenso de que llegara al monasterio en mi coche.

En 1939, tras los tres años de guerra que vivió en retaguardia, entró en el Monasterio de Valvanera, del que luego fue durante nueve años jovencísimo prior. Entonces es cuando la Comunidad decidió trasladarse al pie del pico de Peñalara, en el valle del Lozoya, para dar nueva vida a El Paular, fundación cartujana abandonada con la desamortización. Aquí, en este maravilloso lugar, es donde nos ligamos para siempre con una profunda amistad. Leerás su vocación monástica que cuajó —es sorprendente, ¿es sorprendente?— durante la terrible aventura iniciada con quince años y que le duró el tiempo de la guerra civil; vocación monástica benedictina que nunca se enturbió. Cuando llegó a la casa paterna, Lumbier, sólo pensaba en una cosa: hacerse monje. Así lo realizó entonces, lo siguió obrando siempre y lo es todavía. Ahora, sufriente, postrado en la enfermedad, encerrado en su celda. Sólo con gran dificultad la puede abandonar. Y, razón más importante, decisiva, porque esa ha sido de manera constante su vocación. Vocación a la que ha correspondido a lo largo y a lo ancho de su vida con una entrega total. Una entrega, claro, que fue, es y ha de ser fruto de la gracia.

Pues bien, oí al P. Plácido, Miguel Gil Imirizaldu, monje benedictino, contar con enorme fuerza y tensión dramática sus tres años en la retaguardia de la guerra civil; chavalín perdido en la inmensidad del más seco abandono, pero alzado hasta el cuidado de Dios a través de tantas personas buenas que, queriéndole con toda su alma, le arrecogieron para ponerle en ese regazo. Se me ocurrió pensar, hace ya muchos años, que una aventura tan dramática y de una belleza tan luminosa no podía perderse. Insistí e insistí e

insistí en que la escribiera. Nunca me hizo caso; en el afán de cada día era demasiado difícil la tarea de escribir, y, además, ¿a quién podría interesar una narración así? Llegando a los ochenta años, aceptados por fin mis tan repetidos ruegos, se puso a la labor. No fue fácil. Redactar un texto tan largo no es sencillo. Pero lo hizo, y de qué manera.

Llama poderosamente la atención en el relato del P. Plácido la frescura con que narra los acontecimientos, la memoria fotográfica de las situaciones, de los lugares y de las diferentes geografías, así como la memoria de personas y de cariños. Bañado todo ello de una suave luz transfigurada, lo que nos depara un texto maravilloso. De una emoción sobrecogedora. De una limpidez soberana. De un cuidado exquisito por las personas. De una espiritualidad asombrosa. De una veracidad subyugante. Ahí lo tienes; en tus manos está.

Mi labor, además de partero —durante muchos años agarrado al empeño imposible, pero impertérrito hasta conseguir el manos a la obra—, fue últimamente la de exhortar para que no se terminara antes el aliento que el relato; luego, la de buscar un editor que comprendiera la belleza grande de este texto; por fin, el que llegara el momento de la publicación; ahora, tras no pocos sofocos, la de conseguir que quede limpio y listo para su publicación.

En el progresar de la narración vamos acompañando a su autor hacia la casa paterna: el monasterio benedictino en el que el chaval Miguel se hace monje. Ahora, tantos años después, tras una vida colmada, leyendo su relato, acompañamos al P. Plácido en su viaje definitivo a la casa paterna.

Que Dios le bendiga.

Alfonso Pérez de Laborda
Madrid, 19 de febrero de 2006

INTRODUCCIÓN

No se pretende en las siguientes páginas emitir un juicio político acerca de los acontecimientos sufridos en España durante la contienda de 1936-1939. Me sentiría totalmente incapaz. Cuando estalló la guerra contaba 15 años recién cumplidos, y vivía absorto en los estudios, ajeno a toda información política. Mis ideales eran más bien cristianos, aunque no ignoraba que en nuestra sociedad se daban dos bloques enfrentados.

Todo lo que me tocó vivir sobrepasaba mi propia experiencia. Sencillamente era un chico que se abría a la adolescencia dentro de un ambiente religioso muy arraigado, y pasé de un salto a un mundo de experiencias totalmente nuevas.

Narraré esas experiencias tal como se imprimieron en mi memoria, sin pasión ninguna. Habrá cosas novedosas, encuentros con personas diversas, pero maravillosas; habrá lágrimas de soledad y añoranzas hogareñas, y también la vivencia, a su manera, de una fe que nunca se apagó.

He leído varios libros sobre la contienda, de autores extranjeros y españoles, algunos de escritores universalmente reconocidos, indistintamente de un color u otro. En general, tan sólo me han complacido aquellos que, rojos o blancos, vivieron los tres años fatídicos o parte de ellos en las trincheras o en retaguardia. Tal vez los que no los vivieron tienen el mérito de la investigación, pero en general les ha sobrado pasión y faltado libertad. Y también

vale este criterio al tratar la cuestión de la innegable persecución religiosa.

Acerca de la persecución religiosa en Barbastro, citamos como principales obras de investigación: A. Pérez Alonso, *Informe sobre los mártires benedictinos de El Pueyo, en Barbastro, sacrificados en 1936* (Gijón 1986) y G. Campo Villegas, c.m.f., *Esta es nuestra sangre* (Publicaciones Claretianas 1992). Y entre los escritos de testigos destacamos: Santiago Mompel Querol, *Crónicas* (manuscrito inédito) y Plácido M^a Gil Imirizaldu, o.s.b., ... *Iban a la muerte como a una fiesta* (Monasterio de Leyre ²1993).

A lo largo de estas páginas se nombrarán algunas personas con sólo una mayúscula convencional, por respeto a las mismas o a sus allegados.

Es cierto que este escrito incluye muchas lagunas con respecto a los sucesos que se narran. Hay que tener en cuenta que la información que yo podía recibir entonces era muy escasa y, sobre todo, en el mes de prisión, no se podía apreciar cuanto ocurría fuera, en la ciudad.

1. EN EL SILENCIO DE LA NOCHE

Son las dos de la madrugada del 23 de julio de 1936. A esta hora, exactamente, hace quince años, un mes y veintitrés días que mi santa madre me trajo al mundo. Su recuerdo me llena de congoja. No son jóvenes mis padres: 59 y 54 años respectivamente, y soy el quinto de los varones seguidos. Todos me llamaron siempre Miguel, pero mi padre solía hacerlo a veces en tono cariñoso «Miguelchu», tal vez por influencia de la madrina, que perdió un niño que así llamaba. Por eso mis hermanos, como si fuera un perrito, me decían «Chu».

Esta noche es oscura y estrellada, cálida y hermosa, y aún no ha llegado la marinada con su frescura matinal. Me encuentro acostado en una montaña de paja, limpia y de suave olor, que la vieja trilladora ha dejado en la era. Mirando hacia oriente, a la sierra de Estadilla que está sobre el Cinca, por donde de aquí a unas horas veré nacer el sol. Estoy muy cansado, pero mil pensamientos no me dejan conciliar el sueño.

Junto a mí, casi unidas las cabezas, está Luis Brualla, dos meses mayor que yo. Hemos charlado por lo bajo y ¡cuántas cosas nos hemos preguntado sin obtener respuesta! Ahora todo se halla sumido en el silencio, quebrado tan sólo por las toses de los veinte que descansamos en la paja, sin poder dormir. De cuando en cuando los jóvenes milicianos que nos vigilan, no como ángeles custodios, sino fusil en mano, se acercan en pareja

para encender un cigarrillo. Los presos somos los monjes de El Pueyo de Barbastro, y los seis adolescentes que junto a ellos nos formamos: Luis, Emilio, Pablo, Jesús, Juanito y yo.

Me parece que Luis está sollozando, y escucho con atención. Me incorporo un poco y, efectivamente, se enjuga los ojos con el pañuelo. ¿Le diré algo a mi amigo? ¿Podré yo mismo coordinar siquiera unas palabras?

—Luis, ¿qué te pasa?

—Nada —me dice haciendo un esfuerzo.

—¿Por qué lloras? No nos va a pasar nada.

—No, Miguel; pero mi papá y mi mamá... —no puede proseguir.

—Mira —quiero animarle—, tú los tienes cerca y los verás pronto.

—¿Cuándo podré yo ver a mi madre y a mi padre?

A Luis y a mí, como a los demás, nos embarga la tristeza y tenemos que hacer un esfuerzo superior para sobreponernos. Cerca, a unos metros, los jóvenes fusileros vigilan nuestra vigilia. Cuento unos seis; nosotros somos 22. Junto a la era se halla el Mesón, una casa de campo rústica y pobre que pertenece al Monasterio. Al otro lado de la carretera, que serpentea a unos cuantos metros, se yergue la colina de El Pueyo, coronada por el santuario de la Virgen. Es nuestro Monasterio, del que han tomado posesión ansiosamente los anarquistas. ¿Se habrá dormido Luis? Voy a repasar en la mente los acontecimientos de los tres últimos días para ordenarlos en la memoria.

Fue el día 19, domingo, cuando por la tarde, reunidos casi todos junto a la portería del Monasterio, se confirmó que algo grave estaba sucediendo. Incluso nos pareció observar que algún avión sobrevolaba o se dirigía a Huesca. La preocupación penetró el ánimo de todos. Aquel día festivo nadie subió al Monasterio, y algunos huéspedes que se hallaban en la hospedería decidieron acertadamente marcharse. Una señora poseía una radio y podía coger alguna emisora. Se la había prestado al padre Prior para que procurara informarse de la situación; pero al partir los huéspedes ya no había comunicación posible. También se ha aconsejado a los criados que se fueran a sus casas, aunque alguno de ellos no parecía sentir la necesidad. Nos quedamos solos, aislados, sin comunicación alguna.

Ya hace algún tiempo que, por prudencia y durante la noche, una pareja de monjes jóvenes vigila por los exteriores del Monasterio. Y debió ser el 19 o 20 cuando, a media noche, se oyó el motor de un vehículo, coche o camión. Debajo del dormitorio de los chicos, que da al Noroeste, se halla la pareja vigilante. Uno de ellos —lo recuerdo por la voz— es el padre Anselmo, que cambia impresiones con el hermano Lorenzo Sobrevía, quien tiene la celda contigua a nuestro dormitorio, comunicando con éste. El hermano es ayudante de nuestro Prefecto. Yo estoy despierto, e incluso veo perfectamente los reflejos de los focos del vehículo que penetran de lejos hasta dentro, pues están abiertos los amplios ventanales. Salto de la cama y me asomo con discreción. Me parece que se trata de un vehículo de focos largos, que sube por el camino de Los Cuartos. Pero de pronto apaga los focos y yo me acuesto. Nuestra pareja no abandona su puesto. ¿Quién sería? Se ha dicho que, efectivamente, un camión salió de Barbastro y se paró frente a El Pueyo, tocando insistentemente la bocina, como invitándonos a bajar para salvarnos. ¿Se

trataría de algún amigo arriesgado? Yo, la verdad, no oí el ruido de la bocina, pero sí vi los focos encendidos.

Es cierto que el padre Prior se preocupa de informarse, y envía a Barbastro al menos a los padres Anselmo y Ramiro para que observen el ambiente. Ignoro si han ido juntos o cada uno por su lado, o incluso en distintos momentos. Pero las noticias que ambos traen han debido impresionar hondamente al padre Prior y a los monjes. Los chicos comenzamos a vivir también la tragedia, pero, para no alarmarnos, la información que se nos da es mínima. La Comunidad continúa su ritmo de vida: canto del Oficio Divino, vida comunitaria con horario, y el resto libertad para orar, salir por el monte, dialogar. Los chicos siempre con el padre Prefecto.

El día 20 ha sido un día movido por la mañana. Temprano llega al Monasterio el padre de un joven profeso, natural de Barbastro, que ha debido informar largamente al padre Prior, comunicándole que se está preparando en Barbastro la subida a El Pueyo de los anarquistas. Él, aconsejado por amigos, bajará a su hijo a casa. Las noticias fueron confirmadas por los padres Anselmo y Ramiro, y el padre Prior convocó a Capítulo a la Comunidad. Hay que tomar decisiones, hay que proceder con rapidez. Por de pronto se irán con sus familias los jóvenes profesos temporales de la comarca, de dos en dos. Dom Lorenzo Ibáñez, profeso solemne y subdiácono, acompañará a dom Rafael Lacambra, ambos de fuerte complexión, y llevarán a casa del segundo la parte principal del archivo. En cuanto a los demás deja libertad para quedarse en casa o salir, en medio de muchos riesgos. Efectivamente, sale el hermano Lorenzo Santolaria hacia su pueblo no lejano, Torres de Alcanadre, y le acompaña el hermano Vicente Burrel. El resto permanecerá en casa. El Monasterio no puede quedar abandonado, y tampoco la salida ofrece garantía alguna. El

padre Fernando Salinas es natural de Pozán de Vero, a menos de una hora de camino del Monasterio. Pensó ir a casa de un hermano, pero un hombre de campo le disuadió, diciéndole que se encontraría con piquetes y no llegaría a casa.

Los chicos, acompañados del Prefecto, salimos bajo las tupidas encinas de los bosques, terminadas las oraciones de la mañana y la misa, y regresamos para comer. No es mucho el tráfico de la carretera, casi todo él formado por camiones de milicianos que se dirigen hacia Huesca. No recuerdo que ocurriera ningún percance ese día, pero es cierto que el ambiente se va cargando. Oramos y nos ponemos en manos de Dios y de la Virgen María.

El día 21 tiene una nota muy triste: se han llevado al padre Mariano, el más anciano de la Comunidad, de 67 años. Después de comer, la Comunidad y los chicos nos hemos reunido delante de la fachada principal del Monasterio, con vistas a la carretera. Como he dicho, no había mucho tráfico. El padre Mariano, terminada la comida, debió bajar a la carretera, y desde la casilla de camineros se dirigió hacia el Mesón. Iba con hábito, pues nadie hasta entonces se lo había quitado. Inesperadamente se encontró con él un camión de milicianos que llevaba la misma dirección¹, se detuvo y obligaron al monje a subir al camión, que dio la vuelta y se dirigió a Barbastro. Todos quedamos consternados de pena, y es el comienzo del sufrimiento de la Comunidad en su propia carne. El padre llevaba un hatillo en la mano, tal vez con el breviario o algún otro libro.

Ante aquel hecho, y porque se creía que de un momento a otro subirían violentamente al Monasterio, los chicos con el Prefecto y acompañados de dom Aurelio Boix, que hacía 10 días había hecho su profesión solemne en presencia del

Obispo y varios eclesiásticos, nos hemos dirigido al bosque, provistos de comida y un botijo de agua. Tal vez allí evitaríamos violencias. Antes de salir de casa el padre Ramiro, siempre alerta y vigilante, nos da una consigna: — Nosotros debemos estar bien atentos. Caso que subieran al Monasterio violentamente, él nos hará una señal con un paño rojo desde una ventana de la biblioteca; si, llegada la tarde, no ocurre nada, nos hará la señal con un paño blanco. Hay que estar atentos. Y, efectivamente, ya tarde se abre la ventana, apareciendo el paño blanco. Subimos todos, incluso nos hemos encontrado con algún monje escondido, y, llegados al Monasterio, vamos al templo a orar, cenamos, compartimos un poco con todos, rezamos las oraciones de la noche y a descansar, que ya lo necesitábamos. Aquella noche no pasó nada y yo dormí muy tranquilo, aunque estábamos asustados por lo ocurrido al padre Mariano. ¿Que habrían hecho con él? El Prefecto nos ha invitado a orar más insistentemente.

Y llega el día 22², último de nuestra estancia en el Monasterio. La mañana transcurre sin novedad alguna, en medio de la más absoluta soledad. Seguramente que los monjes no dejan de orar y estudiar la situación. Los chicos, por nuestra parte, una vez celebrada la misa, volvemos al bosque con intención de regresar a comer. Y así ha sido. Hecha la acostumbrada visita al Señor, según nuestro propio ritual, comemos y luego nos dedicamos a estar juntos en una sombra con el hermano Lorenzo Sobrevía. En El Pueyo, aun cuando haga mucho calor como estos días, a la sombra siempre se disfruta de una brisa muy grata. Prolongamos el recreo, pues no tenemos horario de trabajo alguno. Ver a la Comunidad nos resulta más necesario y más reconfortante que nunca. Eso mismo nos hace esperar ansiosamente el final del canto de las Vísperas, para, sobre las 16,30, unirnos a la Comunidad y rezar el rosario,

siempre dirigido por uno de nosotros. Y cantamos los gozos a la Virgen, dirigidos por dom Rosendo.

Antes de las 5 de la tarde ya nos habíamos quitado los chicos el hábito, y nos hallamos en la plazoleta baja del Monasterio, dispuestos a ir al bosque provistos de merienda. El padre Prefecto está con nosotros. Entonces se oye ruido de motores. Efectivamente, dos motoristas suben veloces por el camino de Los Cuartos. Muy pronto llegan junto a nosotros algunos monjes, hasta congregarse casi todos los que se hallan en casa. Aquellos dos motoristas — pensamos— traerán alguna novedad, buena o mala, y los esperamos ansiosamente. Dos hombres solos no se atreverán a hacernos daño alguno, porque saben bien que en la Comunidad hay monjes jóvenes, fuertes y valientes, curtidos por el trabajo y la vida sana. Llegan por fin, y paran donde estamos reunidos. Saludan cortésmente. Van armados de pistola, pero ¿qué van a hacer? Preguntan por el Superior, y el padre Prior, dom Mauro Palazuelos, ya está presente y se adelanta a saludarles. Entonces uno de ellos comunica al padre, pero de modo que todos lo oigamos, que, sin dilación, todos debemos bajar a la carretera, a la altura de la casilla de camineros. De no ser así, el Monasterio será inmediatamente incendiado por un avión (no sé si ha sido casualidad o estaba previsto) que al punto vuela muy cerca del Monasterio con dirección a Huesca. El padre Prior exclama impresionado, cubriéndose el rostro con las manos: —¡Dios mío! ¡Virgen santísima! Y, vuelto en sí, ordena seguidamente al padre Ildefonso que recoja la Eucaristía de la Iglesia, y a otros que vayan a ocultar la imagen de la Virgen. Hay paz y serenidad entre los monjes, pero ¡es muy doloroso! Dice también el padre que todos vistan de seglar y seguidamente se baje a la carretera. Los motoristas emprenden la bajada. En aquel momento se hallaban en el bosque dos padres, Fernando y Domingo, y el padre Prefecto me pide que vaya corriendo a avisarles

para que bajen a la casilla. Ya no subo al Monasterio: corriendo, a pesar del calor asfixiante, bajo, aviso a los padres y me dirijo hacia la carretera, al lugar de la cita. Paso por la ermita de San José y, al cortar por el camino que cruza del Pinar, me encuentro al buen hermano Hilario:

—¿Qué hace, hermano Hilario?

—Cojo hierba para los conejos. ¿Qué pasa?

El hermano Hilario es un hombre exquisito, de unos 60 años, natural de Alsacia. Silencioso, recogido, muy bien formado, de tez blanca, y lleva siempre gafas de gruesos cristales sin aros. Lo he tratado bastante, porque es ayudante del sacristán, y suele preparar el fuego, siendo yo mismo turiferario. ¡Cogía hierba para los conejos! Cuando le digo lo que pasa, se dirige al punto con su hábito de trabajo hacia la carretera.

¡Cuánto se palpa la necesidad de estar juntos, de sufrir juntos, de obedecer a la providencia sin la menor resistencia!

Ya estábamos todos haciéndonos interrogantes. Muy pronto aparece al fondo de la carretera, por donde termina la finca del santuario, un pelotón de hombres armados, que sin duda han cambiado impresiones con los motoristas y vienen hacia nosotros. Eran entre treinta y cuarenta. Ya nada tenían que temer. Seguramente que a partir del día 20 estaban estudiando la manera de detener a los monjes. El Pueyo tiene una posición estratégica para la defensa, y ellos creían que el Monasterio se hallaba fuertemente armado, incluso que era un arsenal de armas... Tuvieron miedo y dilataron la subida, hasta que dieron con la solución de los motoristas.

Silenciosos, despechugados, jóvenes en su mayoría, se ponen frente a nosotros, a la otra orilla de la carretera, con mirada torva, tal vez algo confundidos ante la actitud de los monjes. Ni un insulto, ni una amenaza salió de sus labios. ¿De qué podían acusar a los monjes? Solamente de eso: de ser monjes. El líder³ pregunta por el padre Prior, reclamando las armas del Monasterio. El padre responde que somos pacíficos, que carecemos de armas. Pero el joven anarquista no lo cree, e insiste al padre Prior con dureza. Se trata de un hombre como de unos 25 años, que parece dominar la situación y ante el que el resto del pelotón permanece en silencio. El padre Prior cuenta 32 años. En el fondo no se ve en aquel anarquista una intención de llevarnos a la perdición. Tan sólo parece querer proceder a la detención, y solucionar de una vez el problema de las supuestas armas. ¿Hay una cierta nobleza en el corazón del joven anarquista?

Ha sido tan subida la obcecación por el problema de las armas, que el padre se ha visto en la necesidad de decir al joven abiertamente: —Le prometo que no hallarán armas; si no me cree, respondo con mi cabeza de la inocencia de la Comunidad.

Con estas palabras parece que se ha convencido el líder anarquista.

Uno de los jóvenes pregunta al padre dónde se halla el hermano Lorenzo Santolaria, a quien debe conocer; y el padre responde que ha salido del Monasterio con su permiso⁴. Ha cesado la tirantez, y determinan que subirán al Monasterio, y una parte de ellos, armados, nos conducirán a nuestra torre del Mesón. El padre Honorato, Subprior, les propone que, si les parece bien, un monje les acompañará para abrirles las puertas, a fin de evitar rupturas; y lo aceptan. ¿Piensan los monjes que se trata de

unos días, que pasaremos en el Mesón? Sube con ellos el mismo padre Honorato, y los demás somos conducidos por unos cuantos fusileros al cercano Mesón. La mayor parte suben a El Pueyo, y se nota las ansias que tenían, pensando quizá en el botín. Hallarán, ciertamente, las tinajas de las bodegas llenas de exquisito vino, que los monjes elaboran, graneros, miel abundante y otros alimentos. El resto de bienes no les puede interesar, y los monjes en aquellos momentos carecían de dinero⁵.

El padre Honorato baja pronto, acompañado de dos hombres armados.

En el Mesón nos reciben Antonio y su esposa, muy preocupados por nuestra suerte. Se ha hecho descansar al padre Leandro, de 66 años, y como se hace tarde, piensan en preparar algo para cenar. Isabel y Antonio se desviven por nosotros. El lecho nocturno será la montaña de paja que ha dejado la trilladora en la era. Nos han dado normas de conducta prudente, y todos están muy preocupados por los chicos. Nuestros guardias toman posiciones en torno al Mesón, que es una «torre» pequeña⁶. De Barbastro llegan ciertos miembros del Comité que dialogan con el padre Prior y otros monjes. Se trata de personas de aire más culto, y parecía no estaban de acuerdo con lo realizado por el pelotón y por su líder. ¿Pretendían ellos poner paños calientes a la llaga infligida a la Comunidad, o sus ideas estaban más premeditadas, por lo que se verá más adelante? Han dado a entender que al día siguiente, por la mañana, nos bajarán a Barbastro. Ninguna esperanza de retorno a nuestra casa.

Y entramos en el silencio de la noche, buscando en la paja el descanso que necesitamos. La amplia bóveda del cielo nos cubre cuajada de estrellas.

Diálogo entre pajas

Comienza a clarear la aurora. Es el día 23 de julio. Luis se ha debido de dormir un rato. También yo me he dormido. Es él quien rompe el silencio:

—¿Ya estás despierto, Miguel?

—Sí, pero, chico, ¡no puedo más!

—¿Qué te pasa?

—Tengo muchas ganas de orinar.

—¡Cuidado! No te levantes; no vayan a pensar que te vas a escapar, y a lo mejor te disparan.

—¡Jolines, pero que me voy a mear en los pantalones! Me levanto, pase lo que pase.

—Mira, haz como yo: te vuelves pa bajo, haces un hoyo en la paja, y ya está.

Luis es siempre más práctico. Llegó al Monasterio algo mayor que yo. Lo veo algo más atrasado en estudios, pero ha corrido más en la vida. Por eso su consejo resulta del todo eficaz. ¡Cuántas piruetas tendremos que hacer en la vida!

Está radiante la mañana. Según va amaneciendo, el padre Prefecto se da una vuelta para ver cómo estamos. Ya habrá dado alguna más... Hace un rato, aún a obscuras, los sacerdotes se han ido espabilando y van pasando por la casa Mesón que está junto a la era. Se trata de un viejo caserón donde viven Antonio e Isabel, joven matrimonio, muy familiarizado con la Comunidad. La casa tiene un

pequeño oratorio, bien conservado y cuidado, y alguna habitación en la planta alta.

Allí ha descansado algún monje mayor. Con toda discreción, para que los milicianos no le den importancia, los sacerdotes han ido celebrando la misa. Los últimos en desperezarnos hemos sido los seis chicos, y, más o menos aseados, tras cepillar con la mano la paja de nuestro cuerpo, hemos ido al cercano pozo, de agua limpia, pero maloliente. Los jóvenes marxistas deben estar sorprendidos, tal vez algo confundidos ante el comportamiento de la Comunidad, que les ha invitado a tomar comida y bebida. No sueltan palabra, pero es posible que haya algo de nobleza en su corazón frente a unos hombres que ni ellos saben por qué los detienen. Los pobres muchachos han pasado la noche de pie, fusil en mano.

La Eucaristía, en aquellas circunstancias, la vivimos intensamente, como un viático en un camino desconocido y lleno de incertidumbres. Parece que Dios llena en esos momentos el corazón de todos.

Alguno ha debido subir al Monasterio para bajar comida, siempre acompañado por algún fusilero y de Antonio con su caballería. Somos en total unos 30, y se nos prepara desayuno.

Van pasando las horas y no se aclara la situación. El sol de julio se levanta, y no hay otra sombra que nos proteja sino la que dibuja la misma casa. Se espera con cierta ansiedad que llegue el camión anunciado que por la mañana nos debe trasladar a Barbastro; pero la mañana transcurre sin novedad. Por fin se decide preparar la comida en la cocina del Mesón.

El padre Prior quiere animar a todos con su buen humor, aunque tuvo que pasar momentos malos, pues pide nuestras oraciones por ciertas preocupaciones que tenía. Dialoga mucho con los monjes, sin formar grupo. Después de la frugal comida nos dice a todos con tono de profecía: —Hoy vamos a brindar juntos, quizá por última vez, con un vaso de vino macabeo, cosa que todos aprobamos, reforzando la fraternidad. No dejaba de pensar en Antonio e Isabel, a quienes debieron impresionar las palabras «por última vez».

A las cuatro de la tarde llega un camión grande, abierto, que se detiene en la carretera y maniobra para entrar hacia el Mesón, distante unos 50 metros. Comienzan las despedidas a los mesoneros, que lloran apenados. El padre Prior ruega a los milicianos que no les hagan ningún daño, pues son personas nobles y trabajadoras. —Adiós, Antonio, hasta el cielo, dice algún monje, mientras Antonio ayuda a subir al camión al padre Leandro, que está muy conmovido. Los jóvenes damos un salto, pues han bajado la cartola de atrás, y con nosotros suben los milicianos. Renqueando, el camión se pone en marcha, y desde su plataforma, en un silencio angustioso, contemplamos los viñedos, los olivares cuidados con esmero, y allá arriba la santa casa de la Virgen, que tal vez no volveremos a ver. Siempre me impresionó el amor que aquellos hombres sentían por El Pueyo. Algunos musitan una oración, fija la mirada en el Monasterio y los ojos anegados de lágrimas.

El camión pasa delante de la casilla de camineros. Tomasito, una criatura de unos cinco años, se halla a la sombra jugando solito. El padre Honorato le dice: —¡Adiós, Tomasito, hasta el cielo!, y el chavalín levanta sus brazos en señal de despedida ignorándolo todo.

—¡Adiós..., padres!

Pablo San Miguel se halla a mi lado, y desde el camión me señala el lugar donde se oculta el pequeño colmenar que los chicos hemos construido y cultivado en los ratos de ocio:

—Oye —me dice—, ¿se morirán las colmenas?

—No, hombre; están cargadas de miel. ¿Por qué se van a morir?

—¿Las volveremos a ver?

—Pss... Tú y yo, cuando podamos, nos vamos a nuestra tierra. ¡Adiós colmenar de amables desvelos y picotazos amargos!

—Miguel, ¿cómo será la cárcel? ¿Has visto tú alguna?

—¿Yo?, ¡qué va!

A los pocos minutos estamos ya en la ciudad, que a pesar de la hora calurosa está bulliciosa y movida. Había estado en ella en visita al cementerio en el mes de noviembre, yendo a este por caminos, sin penetrar en la población. Al menos dos veces estuve en la catedral cantando con la Comunidad la misa pontifical que celebraba el anterior Obispo. Yo cantaba de tiple la misa de Perosi. Otra vez la cruzamos en coche por la calle central, cuando la Comunidad, creo que todavía en tiempo del padre Román Ríos, fue a Grau, un pueblecito de calles empinadas, para cantar la misa de un neosacerdote. Así que para mí todo es desconocido. El camión baja directamente por la parte izquierda del Coso y, terminado este, gira a la izquierda y sube la rampa del Rollo, parando delante de una plaza. Hay bastante gente, que poco a poco va aumentando, hombres y mujeres. Los que ven pasar el camión y nos reconocen, dado que los monjes son bastante conocidos, se acercan, de